

Carmen Boulosa

LLANTO*

I. LA APARICIÓN

Lo primero que apareció fue el hormiguero. Tras él, persiguiéndolo, por sus galerías, como soplos, las mujeres.

Nadie alcanzó a contarlas. Les llevó más tiempo recorrer los pasillos de arena y tierra que despertar.

Como aire que sube, treparon por los túneles del hormiguero y reventaron en forma de mujer, brotando como botones de carne al final de un tallo de aire.

Brotaron, reventaron, se hicieron, aparecieron. Con igual fuerza, paf, fueron ceniza apenas encarnaron. Para ellas despertar fue desaparecer.

¿Cuántas fueron, cuántas?

Nadie hubiera podido contarlas. A ningún ojo le hubiera dado tiempo de hacerlo.

De pronto, tras el quejido de las tripas buscando acomodo en las cajas de piel antes de reventar en nada, en ceniza dispersa, no por los pasillos del hormiguero sino por su espejo en el cielo, con lentitud, vertiginosos, tres trozos de alma y el misterio se precipitaron.

De los demás puntos de la tierra y del cielo despertaron reventando las pequeñas partículas, innumerables: desde la invisible morusa diminuta viajando en las agallas del pez y en el océano, la partícula que era fruta, la que era corteza de árbol, la que era piedra o arena o cielo o estrella o agua o fuego o aire envenenado. Todo se sintió llamado de pronto por el retumbar de lo que caía a través de los conductos del espejo del hormiguero.

Hacia el mismo lugar.

Así se formó, otra vez, sin madre, el cuerpo a que aquello todo se había visto en otros tiempos adherido, el que no había alcanzado a ver lo que hacía nueve veces cincuenta y dos años él había dejado desplomándose, y así fue como llegó, el 13 de agosto de 1989, acostado sobre el húmedo pasto, durmiendo, soñando, envuelto en trece mantas bordadas y descansando el peso sobre las plumas de águila y la piel de jaguar que un día recubrieron su asiento, aún creyéndose colibrí aleteando en el

* Primer fragmento de la novela de este nombre, sobre Moctezuma II que publicará próximamente Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela.

azul que antes rodeara los bosques hasta imbricarse en las minucias de las ramas. Así fue como apareció.

Que apareciera bastó en las mujeres para volverlas arenilla fina, polvo fino, cenicita. A él lo fijó en su forma el llanto. Pero el papel en que él venía recubierto siguió a las mujeres en su camino de regreso hacia ser nada o un poquito de todo.

No sólo el llanto. Por los caminos del hormiguero y su espejo en el cielo, corrían como vientos, como voces, presurosos y mirando, Los Dueños del Mundo: habían despertado.

Eran tantos que sus voces y sus pasos hacían una columna vertebral en los caminos de arena.

Un hueso hacían de las galerías.

Desde esos túneles, detenían al que había aparecido, en su forma hermosa y perfecta, ellos, los dioses, los que hasta ese día muchos creíamos muertos.

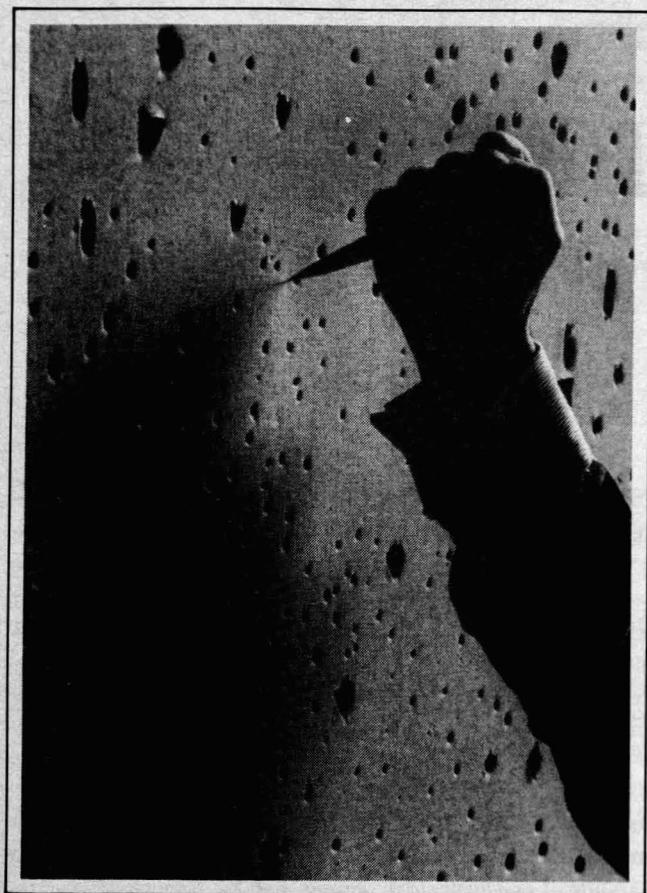
(Cuando la tierra tira un aire al aire, se tira un pedo, la erupción, y los gases y las cenizas ardiendo del volcán no obligan a responder al cielo. Éste se oscurece porque el pedo lo oscurece, pero en nada cambia. Ni se ruboriza, ni el aire lo hace pensar en alguna otra respuesta. El cielo sólo se queda atento.

En este caso, el tipo, la calidad del pedo, su radiación de carne, y después el ridículo montículo que dejó como testimonio, sacaron una carcajada del cielo, aire también de sus tubos, aire con carne, también.

Él, cuya sustancia arraigó en el llanto, nació entonces de la risa del cielo. Si nacer es eso, retornar.

Si hubo un pedo aquí, ¿quién me garantiza que no andan otros sueltos, otros también escapados de la muerte y de otros tiempos?

Algunos creyeron que su aparición no dejó huella en la superficie de la tierra. Otros, que la huella tenía que ser más visible, más voluminosa, más interesante, que un hormiguero no bastaba para delatar tamaña aparición. Éstos fueron estúpidos, no pensaron en la arquitectura deslumbrante del hormiguero. En cambio, los guardianes del parque tuvieron razón cuando se empecinaron contra él. Cuando aplanaron el pequeño mon-



tículo que formara y llenaron sus túneles con veneno, los cuidadores del Parque Hundido hacían bien al temer el hormiguero.

Si importaran los dioses, describiría aquí la calidad y el tamaño de su enojo cuando vieron su refugio invadido por un polvo blanco y venenoso y después la forma de la que eran hueso reducido a la nada, un trecho más del plano territorio del parque.)

EL DESPERTAR

Él sintió la cabeza, un cántaro de ruidos, un cántaro lleno de animales furiosos. Sintió la cabeza afuera de él, pesándole, dolor en carne de ruidos, de los ruidos confusos que se lastimaban entre sí, afuera de él, adentro de su cabeza. ¿Por qué no reventaría el cántaro? Cedería el dolor...

Luego vino un silencio, cuando respiró por primera vez, cuando sintió el aire estorbo y raspando, convertido por un fuerte murmurar de flemas en signo de enfermedad.

En cuanto expulsó el aire, las sienas pesadas y necias parecían querer reventar la cabeza para abrazarse, estrellar la cabeza entre ellas como entre dos piedras.

Inspiró por segunda vez: no sólo fueron las flemas, del ombligo hacia arriba su cuerpo parecía romper la cáscara de la piel, hacia afuera y hacia el tubo de aire que insistía con sus flemas caminantes.

Al mover los párpados, un confuso rozar de puntas de flechas lo irrita. Se talló los ojos con ambas manos y el ardor cedió. No la ceguera: parpadeando, abriendo y cerrando los

ojos trataba de ver pero todo era confusión. Cerró los ojos, se encerró en su cuerpo.

Se diría que el cuerpo incómodo le está ardiendo, que respirar por primera vez, despertar después de siglos, era estar hundido en agua hirviendo y soportar adentro de la piel frita un enorme cuerpo enfermo.

Sale él de ahí, sale y vuelve a salir, pegajoso, sale, o empieza a salir arrancado por una estampida de imágenes.

POR UNA ESTAMPIDA DE IMÁGENES

En el estero rodeado de manglares, atenazado de manglares, sobre el agua del río las balsas contienen flotando al cortejo.

Los músicos irrumpen al silencio.

Con enormes abanicos de plumas remueven el aire alrededor de Su Persona alejando a los insectos.

Las raíces y las ramas inmóviles saben ver sus colorados frutos pedrosos, los cangrejos. Se escuchan los monos y un sinfín de aves, que habían guardado silencio para recibirlo, sueltan sus cantos.

Hay los que clavan sus vistas astutas sobre el agua y el lodo para descubrir el coletazo de un caimán, o las serpientes.

Él ve la luz tenue y dudosa que dejan atravesar los árboles. Mira a través del enrejado de ramas y raíces y alzando los ojos deja ver que quiere continuar la marcha.

Los músicos tocan los instrumentos, sintiendo en sus cuerpos el aire vigoroso e inmóvil del manglar.

Los observan los inmensos termiteros.

Una de sus favoritas se inclina y le dice al oído —mientras abanicar con mayor intensidad, como si el olor a sándalo de la mujer fuera a atraer más alimañas— las frases de un poema que le regala la emoción del estero estrecho.

Acaricia la espalda de Su Persona mientras ella le regala un poema que nadie escuchará además de él:

“Es para ti, Motecuhzoma. Nadie más debe oírlo. Escuché que me lo gritaban los árboles hartos de una inmovilidad y un encierro que no quieren merecer... Me lo dijeron y yo te lo repito tal cual, escucha...”

Los tallos de bambú: shaz, shaz... Cuando el estero se abrió en el río, sobre dos balsas alineadas, dándole la espalda lo esperaban dos grupos de trece desnudos muchachos mostrando la coleta teñida de blanco, con dos plumas de garza, ofrendando el cabello que aún no se habían cortado porque aún no habían traído su primer cautivo, pero que pensaban perder en esta guerra. Todos querían traer un prisionero para regalar a su emperador.

el mar, por primera vez

De pronto, arrancado del cielo que apenas se miraba entre las palmeras espesas, un trozo de azul se tendió frente a él, en el piso: ese golpe en la arena era el mar, el mar interminable, a unos pasos. Soltó las sandalias y corrió, corrió hasta tocarlo con los dedos de los pies, con los tobillos, con los muslos... No lo sintió más allá de sus piernas, cuando las mujeres que venían a su cuidado lo alcanzaron para llevarlo de los brazos a tierra, como si el mar fuera a arrebatarles al niño que preciaban en tanto... ◇